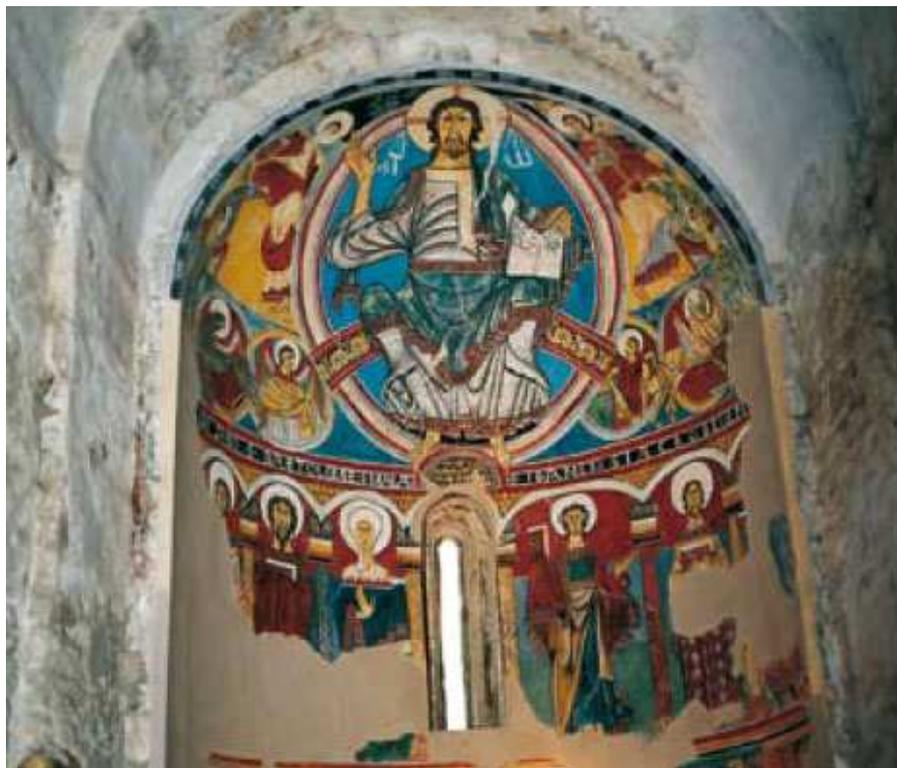


## COMENTARIO DEL ÁBSIDE DE SAN CLEMENTE DE TAHÜLL



### 1. Descripción.

La lámina que nos ocupa en esta ocasión se trata de una pintura mural al fresco que decora la bóveda de cuarto de esfera de un ábside cristiano, con Cristo en majestad presidiendo toda la composición.

### 2. Análisis formal.

Este cuarto de esfera de la cúpula acoge una pintura mural al fresco en donde nos encontramos a Cristo en Majestad (Pantocrator o *Maiestas Domini*) enmarcado en una mandorla, presidiendo el resto de la composición, de tal modo que en torno a él se hallan ubicados dos ángeles que le sirven de custodia y a sus pies, colocados dos a dos, los tetramorfos. Así, su nimbo y su cabeza rebasan el borde superior de la mandorla. Viste túnica y manto que le cubre los hombros; la mano derecha levantada vuelve su palma hacia nosotros. Los dedos índice, anular y pulgar los tiene derechos; el corazón y el meñique se doblan (convencionalismo para indicar bendición). En la mano izquierda sostiene, apoyándolo en su rodilla, un libro abierto en el que leemos: Ego sum lux mundi. Aun lado y otro de su cabeza aparecen el Alfa y la Omega. Todo el muro de la bóveda aparece ordenado en tres registros de colores: azul, amarillo y negro, de abajo arriba. Sobre la banda azul, cuatro ruedas, dos a cada lado de Cristo encierran un león y un toro; y en las más cercanas a Cristo, dos ángeles que cogen del rabo y de una pata, respectivamente, al león y al toro.

En los registros superiores se recortan dos ángeles, el de la derecha lleva un libro, el de la izquierda un águila. Una banda con los nombres de la Virgen y de los Apóstoles separa esta parte de la cuenca del hemicírculo en el que, cobijadas bajo arcos y separados por la ventana del ábside, vemos las figuras (de izquierda a derecha) de Tomás, Bartolomé, María, Juan,

Santiago y los restos de otra figura que, por las letras visibles en la parte superior, podría ser Felipe.

Su factura es de pincelada acabada y pastosa, con líneas bien definidas en trazos negros que delimitan contornos (pintura dibujada). El color cubre los espacios entre líneas con tonalidades cálidas. Son colores planos, sin perspectiva ni modelado y con alto contenido simbólico, de hecho albergan un claro carácter aleccionador para un fiel, en su mayoría, analfabeto. No hay estudio de luz, la cual es de procedencia ambiental y no produce juegos de claroscuros. No hay interés por el espacio tridimensional, ni perspectiva ni contexto espacial pero sí tiene un contenido iconográfico que divide la escena por zonas de mayor o menor importancia. La composición es clara y sencilla, muy jerárquica. Establece un eje de simetría a través del centro de Cristo y de su mandorla y pasa por la ventana inferior. Hay los mismos personajes a un lado y otro (simetría). El espacio principal se reserva para el Pantócrator, luego el tetramorfos y luego, más abajo para la Virgen y los Santos.

Las formas de expresión son antinaturalistas, con poses muy estudiadas y expresiones serias, sin individualidad ni humanidad, anatomías y rasgos parecidos, ropajes y actitudes muy estilizados, representación frontal, adaptadas completamente al espacio que le deja libre la arquitectura, sobrecargándolo (*ley del marco* y *horror vacui*). La imagen vale por lo que significa.

### **3. Comentario artístico.**

Así pues, por las características enumeradas, podemos concluir afirmando que se tratan de los frescos de San Clemente de Tahüll, que junto a los de Santa María, constituye uno de los conjuntos pictóricos mejor conservador de la pintura románica en la Península. Aún así, no se encuentran actualmente en dicha parroquia, sino que en 1934 fueron trasladados al Palacio de Montjuich, actual Museo de Arte de Cataluña.

Descrito el mural vamos a intentar comprender su significado. Su fuente iconográfica la tenemos en el Apocalipsis de San Juan: «*Vi un trono en medio del cielo y sobre el trono uno sentado[...]. En medio del trono y en torno al trono, cuatro seres llenos de ojos por delante y por detrás. El primer ser es como un león; el segundo ser, como un novillo; el tercer ser tiene un rostro como de hombre; el cuarto ser es como un águila en vuelo.[...]. Vi también en la mano derecha del que está sentado en el trono un libro escrito por el anverso y el reverso, sellado con siete sellos*» (Jn. 4, 2-7). Antes, en el capítulo 1 del mismo libro. San Juan pone en boca de Cristo esta frase: «*Yo soy el Alfa y la Omega*», dice el Señor Dios. Cristo se proclama el principio (alfa) y el fin (omega).

El anónimo maestro de Tahüll ha sabido transmitir toda la majestad que del texto apocalíptico emana en la figura del Cristo del ábside, vestido como rey, coronado de luz y con ese solemne gesto de la mano derecha que se alza ante nuestra mirada bendiciéndonos. Su rostro rebosa solemnidad y severidad: sus ojos abiertos, expresivos; sus cejas marcadas, nos transmiten esa sensación de que estamos ante alguien que nos mira y juzga con rigor. Cristo sostiene el libro de los siete sellos y en él está escrito «*Yo soy la luz de mundo*».

La habitual interpretación de muchos especialistas de la *Maiestas Domini* (Cristo en majestad) es una iconografía al servicio del poder (económico, político y religioso) establecido en la sociedad feudal, a través de la cual al hombre dominado se le quiere advertir que el orden terrestre establecido es reflejo de la voluntad divina y que un día será juzgado con rigor por el Creador. Cristo aparece rodeado por una mandorla (luz que emana de su ser divino) y en torno suyo aparecen los cuatro seres: el león, el toro, el águila y el hombre, los cuales eran considerados como símbolos de los evangelistas: el león, de San Marcos, el toro,

de San Lucas, el águila simboliza a San Juan y el hombre simboliza a Mateo. Pero en el siglo XII a estas significaciones simbólicas se les añadieron otras: el hombre representa la Encarnación de Cristo; el toro, su Sacrificio redentor en la cruz; el león, su Resurrección (se afirma en los bestiarios que el león duerme con los ojos abiertos), y el águila, su Ascensión.

Toda esta iconografía tiene, como indicamos, de fondo, tres bandas de color azul, amarillo y negro. El azul es símbolo de la bóveda celeste, el amarillo dorado es el color del sol y el negro es el símbolo de la nada, de lo que no existe. La lectura iconológica de la bóveda podría ser: Cristo, ha creado de la nada al mundo y a la luz y los evangelistas son testigos de su vida y de su obra. Si el hombre sigue los dictados del libro será salvado, de lo contrario, la justicia de Dios caerá sobre él.

La decoración del ábside sigue en el hemiciclo. Aquí podemos apreciar dos niveles decorativos: uno, en el que están María, los Apóstoles y la ventana; y otro, el más bajo, muy deteriorado. Para muchos comentaristas, si la cuenca del ábside es el cielo, la zona intermedia es la Iglesia, mientras que la inferior es la tierra. En efecto, los Apóstoles y María, entre columnas y arcos, simbolizan a la Iglesia, de ahí que sostengan en sus manos el Libro de los Evangelios. Y en medio de los Apóstoles, entre María y Juan, la ventana. Es estrecha y alargada, ancha por dentro y estrecha por fuera. Vemos que está decorada e inscrita bajo un arco. La ventana es símbolo de la Luz, que se nos hace visible a través de los doctores de la Iglesia.

La composición está rigurosamente estudiada, en torno al eje central de la vertical que forma la figura de Cristo y su prolongación en la ventana. Todo esto envuelto en la almendra de la mandorla, cuya curva subrayan los ángeles. Una composición que acentúa el carácter atemporal, eterno, del mensaje que transmite.

Y es que en este periodo se suceden diversas realidades de modo paralelo: por un lado el hecho del terror al año mil y al fin del mundo, junto a las consecuencias del Juicio Final, de ahí la religiosidad de la población, que acude a venerar reliquias y se desplaza para visitarlas: son las peregrinaciones. Pero también es la época de las cruzadas y del dominio feudal del monasterio y de los grandes nobles. Santiago, como centro neurálgico del románico español, bien podría hacer suya la expresión "*todos los caminos conducen a Santiago*" porque hay un camino de la costa, un camino marítimo, un camino portugués... todos tienen un objetivo común, llegar a Santiago y lo hacen aprovechando caminos de origen prehistórico. El Camino de Santiago debe entenderse como el primer itinerario cultural europeo, un espacio de convivencia, de aportaciones, de originalidad y por supuesto como un camino que permitirá que el arte románico, originariamente centroeuropeo o francés, se adentre por todo el norte de la península ibérica.

Pero recordemos que existen muchas muestras de este tipo de decoración en la geografía española, junto al que nos ocupaba, deben citarse los frescos del Panteón Real de San Isidoro de León y Santa María de Tahüll, siguiendo en ocasiones un programa iconográfico muy semejante a las portadas triunfales románicas, tales como las de Santiago de Compostela o San Pedro de Moissac.